El mar en la piedra

Una aventura con esclavos y piratas

Lucía Laragione
Ilustraciones de Sandra Lavandeira

loqueleo

Esta vez a Camila, mi amor
que crece al otro lado del río.

1

Ve el humo desde lejos. Algo se está incendiando. Tiene un presentimiento. Corre, corre. Entre las llamas le parece adivinar las formas conocidas. "¡Dios mío, que no sea...!" Pero entonces reconoce el inconfundible amarillo de la puerta... ¡Es su casa! ¡Y sus hermanitos están adentro! Corre, corre, corre.

Con toda la desesperación de sus piernas tan flacas. Un aliento ardiente la golpea, la envuelve, no la deja avanzar. Las mil lenguas de fuego lo devoran todo. Ciega, se lanza hacia las llamas. Entonces la casa se derrumba.

Bañada en sudor, gritando, Omayra se despierta. Está en su cama, en su casa. Muy cerca, sus hermanos duermen, serenos. Es el alba. Aspira, en una bocanada profunda, el aire fresco. Ovillada sobre sí misma, recuerda. No puede olvidar lo que sucedió. Una semana atrás, como todos los días, Piedad salió a trabajar y dejó a sus hijitos de 3 y 4 años encerrados, por temor a que les pasara algo si salían a la calle. No se sabe cómo empezó el fuego. Pero la casilla de madera, con los dos niños adentro, ardió antes de

que nadie pudiera hacer nada. Solo quedaban cenizas cuando regresó Piedad. Sus gritos, su llanto, todavía desgarran los oídos y el corazón de Omayra. De qué injusta manera están hechas las cosas. Para dar de comer a sus hijos, Piedad cuidaba a los de otros. Cuando Omayra pregunta: ¿por qué?, ¿por qué?, su papá menea la cabeza y dice que la injusticia es vieja como el mundo. A ella no le alcanza con esa respuesta. Su papá... Hace un mes que está sin trabajo. Sale cada mañana a buscar y regresa cada noche con las manos vacías. Esta mañana ya se ha ido. Y esta mañana también, ella empezará a ayudarlo. Hoy, 15 de febrero de 1989, saldrá a trabajar. Ahora mismo irá al mercado a buscar los aguacates que venderá en la ciudad. La mitad de lo que obtenga será para ella. Debe salir ¡ya!: si llega antes que los otros vendedores podrá elegir los mejores frutos.

Sus hermanitos quedarán solos hasta la hora de ir a la escuela.

—¡Arriba! ¡Vamos, arriba! Tengo que irme, despierta a César.

El chico abre los ojos y la mira sin verla. Luchando por despertarse, trata de entender las recomendaciones de su hermana mayor. Omayra le está diciendo que se levanten. Que tome y que le dé la leche a la niña. Que no lleguen tarde a la escuela. Y que, ¡por favor, por favor! no se les ocurra jugar con fósforos.

2

Baja corriendo la cuesta del cerro. La ciudad empieza a despertar. Las callecitas curvas llevan a Omayra hacia el río. Bordeándolo, llega hasta el mercado. Las frutas amontonan sus colores, su aroma. Busca a Oscar entre los cajones desbordantes. Pero es él quien la descubre: una niña negra, de rulos apretados y grandes ojos que interrogan. Graciosa con su pollera roja, menuda para sus diez años.

—¡Omayra!–, oye que la llaman.

Se acerca al hombre que levanta en sus manos un gran aguacate. Nunca había visto uno tan enorme.

—¿No es increíble? –le pregunta Oscar. —Podrás venderlo en dos mil pesos o más. Y, por ser la primera vez, te quedarás con todo el dinero.

Brillan los ojos de Omayra.

—¿Podrás llevarlo? –pregunta el hombre depositando, con cuidado, el enorme fruto en brazos de la niña.

Ella asiente y sonríe: el peso del aguacate no es una carga sino un motivo de felicidad.

—Hasta mañana, Oscar. Y gracias.

—Hasta mañana. ¡Y suerte!

Con el fruto, como un bebé entre los brazos, se encamina hacia el centro. Aunque todavía es temprano, el calor aprieta y las gotitas de sudor corren por su frente. Pero a ella no le molesta: tiene ese fantástico fruto y todos, ¡todos!, querrán comprarlo. Quizás hasta pueda obtener más de dos mil pesos. ¡Qué sorpresa para su papá!

Un río de vehículos avanza por la Sexta. Los mendigos se preparan, se disputan los lugares junto a los semáforos. Cuando los autos se detengan, se lanzarán como moscas pegajosas, ofreciendo sus miserias. Omayra los conoce a todos: el ciego y su lazarillo enano. La mujer sin piernas sobre el carrito de ruedas. Y el más impresionante de todos: el perro. Lo llaman así porque tiene la espalda curvada y camina "en cuatro patas". El perro es el que más dinero recibe. Quizá porque la gente no tolera su presencia y le da para que se vaya rápido. Dicen que es millonario. Que tiene innumerables casas y departamentos. "¿Será cierto?", se pregunta Omayra. Y el rostro crispado de Piedad vuelve a su memoria. Pero enseguida el peso del aguacate, que le acalambra los brazos, la trae a la realidad. El reloj de la torre marca las diez en punto de la mañana. Se apura. Faltan solo un par de cuadras para llegar al centro. Allí encontrará a sus clientes.

—¡Niña, qué aguacate tan fantástico! Te doy dos mil pesos por él –dice una voz de mujer.

—¡No, es para mí! ¡Te pago cuatro mil! –se apura otra.

—¡Es mío! ¡Ofrezco cinco mil!–, grita un tercero.

—¡Yo lo vi primero y aquí van siete mil!

Llevada por la escena que imagina, la niña no ve la cáscara de banana. La pisa, resbala, el aguacate escapa de su abrazo y, con un estruendo que denuncia su carnosa abundancia, se estrella contra el piso.

Las lágrimas nublan los ojos de Omayra. No la dejan ver que allí, en medio de la pulpa deshecha del fruto, algo brilla. En principio, la niña lo confunde con el brillo de sus propias lágrimas. Pero luego se da cuenta que "eso" emana una luz intensa. Se inclina entonces para recogerlo, lo limpia: es una piedra. Y dentro se mueve, se agita, un agua luminosa, verde y turbulenta. Omayra la contempla hipnotizada. Dentro de la piedra, el agua va y viene, va y viene, va y viene. La chica empieza a sentir que se hunde, se hunde en ese agua misteriosa que la rodea, la mece en su vaivén y se la lleva...

¿Adónde? ¿Adónde?

3

El hombre, alto, de fuerte contextura, el pelo rubio largo hasta los hombros, otea el horizonte: no hay barcos a la vista. Suspira aliviado. Ya han salido de la zona más peligrosa. Los piratas no atacarán.

Hoy, 15 de febrero de 1788, se cumplen quince meses de navegación, recuerda el capitán Van Nielsen. Quince meses desde que zarparon de la hermosa Holanda. Navegaron sin dificultades hasta la costa de África en busca de los negros o como los llaman los traficantes, la "madera de ébano". Los caciques con los que comerciaron lograron reunir cuatrocientos bellísimos ejemplares. En el traslado hacia las islas españolas murieron más de la mitad, infectados por la peste. Sin embargo, el capitán no puede quejarse. Los sobrevivientes fueron vendidos a muy buen precio. Y ahora él regresa a su tierra con el oro y con cinco negros que ha reservado para su servicio y el de sus amigos.

El mar se aquieta en un verde translúcido. El cielo está plácidamente azul. Por unos segundos, Van Nielsen se abandona a la belleza de lo que ve.

—¡Barco a la vista! –grita el vigía. Un galeón con una bandera blanca se aproxima. No es ni la bandera de los barcos piratas ni la de una nación conocida. Ostenta una leyenda que el capitán Van Nielsen trata de descifrar.

"Por la justicia y la libertad", alcanza a leer desconcertado. "¿Quiénes eligirían un lema y una bandera así?" se pregunta con cierta inquietud. Pacífica, la nave se aproxima. No se advierte en ella ningún movimiento amenazante. Pero en segundos todo cambia. Del vientre dormido del galeón surge una multitud rugiente que se lanza al abordaje del barco holandés.

"¡Piratas!" comprende Van Nielsen, empalideciendo.

Sin disparar un solo tiro de arcabuz, los hombres del capitán Misson han logrado su propósito. Una melodía de violines irrumpe. Rodeado por un grupo de músicos, vestido de seda, un hombre de elevada estatura, nariz achatada y sonrisa franca, se dirige al holandés.

—Señor, desde ahora, su barco y todo lo que hay en él pertenece a la justa causa de los hombres libres–, le dice en un español con marcado acento galo.

—Capitán, aquí hay unos negros –anuncia una voz.

—Tráiganlos –ordena Misson.

Enceguecidos por la luz que no ven desde hace meses, arrastrando los pies encadenados, los cinco negros destinados a la esclavitud son traídos a cubierta.